

PIERPAOLO BARBIERI

A black and white photograph of two men in military uniforms shaking hands. The man on the left is wearing a dark uniform and a peaked cap. The man on the right is wearing a lighter uniform and a cap. They are both smiling and looking at each other. The background is a solid red color.

LA SOMBRA DE HITLER

EL IMPERIO ECONÓMICO NAZI
Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Taurus





SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis padres, Adriana y Franco,
por enseñarme el significado del sacrificio*



INTRODUCCIÓN. LOS HUESOS OCULTOS

*España de los inquisidores,
que padecieron el destino de ser verdugos
y hubieran podido ser mártires.*

JORGE LUIS BORGES, «España», 1965

«Spain is different», proclamaban anuncios por el mundo en la década de 1960[1]. El objetivo era promover el turismo hacia un país introvertido y autoritario —e hizo maravillas con viajeros acomodados deseosos del sol mediterráneo—. En aquella época, España era un país marginado por sus vecinos europeos pero sostenido por los Estados Unidos, donde el Departamento de Estado se preocupaba más por impedir que descendiera una «plaga roja» sobre Europa occidental que por el régimen autocrático y anacrónico del generalísimo Francisco Franco[2].

España es diferente, sin duda. Desde todos los puntos de vista, es una historia poco habitual sobre la regeneración de un país a finales del siglo xx que ni siquiera una gigantesca burbuja inmobiliaria y su estallido (en el difícil contexto de la crisis de deuda soberana) ha podido empequeñecer. Cuando Franco murió, en 1975, España experimentó una transición democrática (relativamente) limpia, un rápido proceso de desarrollo económico, una disminución de la pobreza y una integración vertiginosa en Europa, además de la reanimación de su primacía cultural en el mundo iberoamericano. Hoy alberga algunas de las empresas mejor gestionadas del mundo y una prolífica industria editorial en la segunda lengua materna más hablada del mundo[3]. A pesar de una larga crisis y un nivel desolador de paro, en

España no ha prosperado ningún partido político antieuropeo. No es así en muchos de sus vecinos. Incluso los que sueñan con la autodeterminación o la independencia regional, en Cataluña y el País Vasco, defienden una Europa integrada.

No obstante, la historia de España no es solo la de una transición sin escalas a la modernidad globalizada. La nueva normalidad se ve perturbada por el retorno de batallas lejanas, recuerdos controvertidos y crímenes silenciados. Literalmente, bajo el árido suelo ibérico se ocultan huesos medio olvidados. Pese al éxito de la sociedad construida sobre ellos, los huesos aparecen en los lugares más inesperados. Tal como una recurrencia nietzscheana, vuelven una y otra vez: en los tribunales, en la política, en la cultura. Silenciados, quizá, pero nunca callados.

La Guerra Civil española se libró hace más de setenta años, pero la batalla de la memoria sigue vigente; una batalla legal, culturalmente relevante y políticamente explosiva, de fuerte resonancia en España y en el extranjero^[4]. Sin embargo, algunos elementos esenciales de la historia de cómo impuso Franco su voluntad en un país dividido permanecen enterrados como los huesos en sus fosas comunes.

Uno de esos aspectos es la intervención de los nazis alemanes y los fascistas italianos, que proporcionó tropas, experiencia y suministros al bando franquista. El propósito de este libro es sacar a la luz el proyecto nazi de crear un imperio informal en suelo ibérico, explicar cómo nació y desentrañar el contexto económico en el que se desarrolló. Lo que denomino el «imperio informal»⁽¹⁾ de Adolf Hitler durante la Guerra Civil española fue totalmente distinto de sus intentos posteriores de construir un imperio formal; entrañaba una relación con los nacionales de Franco muy diferente de la que tenían los españoles con su otro gran patrocinador, la Italia fascista de Benito Mussolini. Pero Franco reinó muchos más años que sus patronos fascistas y, después del fin del Eje, se apresuró a olvidar las deudas. Quizá incluso más imperativo era enterrar el papel de España en

el futuro sistema económico europeo diseñado y controlado por la Alemania nazi.

Para ser estrictos, este no es un libro sobre España. Es una historia de economía política y de la guerra en la tumultuosa década de 1930 que, por definición, trasciende fronteras nacionales. Aunque mi interés fundamental está en España, Alemania y la relación entre ambos, el argumento demanda viajes a Italia, Francia, la Unión Soviética y Reino Unido. Requiere visitar campos de batalla, bancos centrales y consejos de administración. La manera en la que la Alemania nazi pretendió beneficiarse de la Guerra Civil española solo podía darse en el contexto del sistema internacional disfuncional de la Depresión, cuando se abandonó la globalización; será esencial entender entonces el contexto político-económico internacional de la Guerra Civil. El imperialismo nazi en España contrasta vivamente tanto con las concepciones establecidas sobre las prioridades de Berlín en aquellos años como con los principios centrales de la ideología hitleriana sobre la que tanto se ha escrito. Por eso este estudio revela profundas diferencias entre los principales personajes del gabinete nazi, muchos de los cuales han quedado olvidados en la historiografía de un supuesto camino «inexorable» a la guerra mundial.

La intervención alemana en la Guerra Civil española es única no solamente cuando se compara con el comportamiento de otras grandes potencias, como Reino Unido y Francia, sino también con la política «fascista» tal como fue aplicada por la Italia de Mussolini. Quizá lo más interesante es que la primera aventura militar internacional de los nazis encierra una estrategia distinta a la que intentaron imponer en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque el imperio informal ensayado en España no fue el que Hitler, al final, decidió construir, ofrece un contraste útil respecto a la proyección del poder de Alemania en Europa, así como los proyectos de integración europea. En muchos aspectos, la integración informal bajo el poder alemán —que en España se plasmó de manera más tangible que en los Balcanes, pese a que estos han sido muy estudiados— tenía la

capacidad de producir resultados probablemente más duraderos de los que produjo el imperio formal y genocida nazi, que, en definitiva, fue efímero.

Otras historias se escriben. La historia de la Guerra Civil española se exhuma. Fueron unos huesos esquivos los que llevaron a la apertura del primer sumario relacionado con los crímenes franquistas durante la guerra: los de Federico García Lorca, uno de los intelectuales más destacados entre las víctimas del conflicto. Corría desde siempre el rumor de que sus restos yacían en una fosa común junto a una carretera de Alfacar, Granada. En los primeros tiempos del conflicto, una patrulla nacional encontró al poeta en su escondite y, tras unos días de detención improvisada, se lo llevaron «por café, mucho café», un peculiar eufemismo para referirse a un batallón de fusilamiento. Existe desde hace décadas un encendido debate sobre el motivo exacto por el que fusilaron a Lorca. A pesar de su amistad con conocidos reaccionarios ibéricos, no cabe duda que ser un izquierdista declarado con una serie de amantes masculinos no ayudó[5]. Setenta años después, los argumentos legales para exhumar los huesos de Lorca no eran sencillos. En su centro estaba la ley de amnistía decretada en España al morir Franco. Y sin embargo, en 2008, un juez ordenó que se desenterraran los huesos pertenecientes a 19 víctimas de la «represión franquista», incluidos los de Lorca, aun cuando los presuntos autores materiales llevaban también décadas enterrados[6].

Para los progresistas españoles, exhumar los restos es una batalla en la larga guerra para recuperar la memoria del país tras más de tres décadas de dictadura; era una especie de día del juicio, doloroso pero necesario. Los historiadores buscaron detalles sobre las últimas horas del dramaturgo. La nieta de un maestro que tuvo el dudoso honor de ser ejecutado junto al escritor dijo estar feliz luego de «una década esperando ese momento»[7]. Iba a sufrir una

decepción: en el lugar señalado había poca cosa que descubrir.

Pero los escurridizos huesos provocaron un problema aún mayor para los defensores de la exhumación: la única persona procesada en el caso fue el juez que había ordenado la excavación[8]. Y no era cualquier juez. Baltasar Garzón tiene una historia larga y polémica en relación con los casos de crímenes contra la humanidad. En 1998 adquirió fama internacional al iniciar un procedimiento judicial contra el exdictador chileno Augusto Pinochet por el asesinato de ciudadanos españoles durante su dictadura. Garzón apeló al «principio universal» observado en la jurisprudencia española, que limitaba el arbitrio jurisdiccional de Pinochet en la Unión Europea mientras se encontraba en el Reino Unido. Así Pinochet pasó dieciocho meses sujeto a arresto domiciliario en Londres. Fue un caso emblemático para el derecho internacional. Después de todo, Pinochet había conducido personalmente la transición a la democracia y, de esa forma, eludido cualquier procesamiento en Chile; solo vio próximo un juicio gracias a la insistencia de un juez español en nombre de víctimas casi desconocidas. Las consecuencias del activismo judicial de Garzón no se limitaron al procesamiento de un octogenario, ya que permitió plantar cara a leyes de amnistía en otros países que experimentaron transiciones «manejadas» para terminar con dictaduras militares, tal como Bosnia, Kirguizistán y hasta mi Argentina.

En todo el mundo, pero en particular dentro de España, Garzón se convirtió en una figura maniquea. Para sus partidarios era un paladín de la justicia; para sus adversarios, un juez descuidado e irresponsable, empeñado en exhumar un pasado enterrado por buenas razones. Al final, los tribunales británicos dictaron que Pinochet no estaba en condiciones de ser juzgado, pero la vida del dictador nunca volvió a ser la misma; había llegado su «otoño del patriarca»[9].

Cuando Garzón decidió utilizar la indigna tumba de Lorca para lanzar su cruzada contra los crímenes de la Guerra Civil, dos organizaciones le plantaron cara. Manos Limpias y

Falange Española —el viejo partido político que Franco convirtió en organización civil— presentaron una querrela en la que alegaban que el juez estaba sobrepasando sus competencias e infringiendo la ley de amnistía. El magistrado Luciano Varela suspendió a Garzón. La opinión pública se dividió de manera feroz. Miles de personas salieron a la calle para protestar contra la decisión; entre otros símbolos, los partidarios de Garzón ondeaban banderas de la Segunda República, la misma que la Guerra Civil enterró.

En 2012 el Tribunal Supremo absolvió a Garzón de prevaricación por seis votos a uno[10]. Sin embargo, mantuvo su suspensión por haber ordenado unas escuchas ilegales en otro caso, técnicamente independiente, sobre corrupción; el Tribunal juzgó que Garzón había dirigido las investigaciones con métodos que «solo se encuentran en regímenes totalitarios». El juez, inhabilitado para ejercer, ya no pudo seguir trastocando el statu quo legal. El abogado de Garzón se quejó de que el veredicto equivalía a «una condena a muerte» profesional; hubo protestas internacionales y civiles[11]. Más allá del juez, la decisión del alto tribunal implícitamente dio el visto bueno a la investigación sobre los crímenes franquistas, pero ningún otro juez se ha atrevido a entrar en ese campo minado. Hay razones por las que los huesos permanecen ocultos, tanto en sentido literal como figurado.

Esta guerra por la memoria va más allá de los tribunales. El 2 de marzo de 2009, por ejemplo, el turbulento pasado del país ocupó la portada del *Wall Street Journal*, con información sobre una iniciativa legislativa que agitó las divisiones sociales tanto como las investigaciones legales de Garzón[12]. Aunque la Ley de la Memoria Histórica, desde ya un nombre ominoso, no era una revisión directa de la ley de amnistía, sí tenía el propósito de rectificar la memoria pública del conflicto y del Gobierno franquista[13]. Esta ley permitió al Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero pedir perdón por miles de ejecuciones ilegales y ofrecer la nacionalidad española a los miembros de las Brigadas Internacionales, los voluntarios de todo el mundo que lucharon

contra los nacionales. También puso en marcha una cruzada contra la iconografía franquista: yugos y flechas, águilas, nombres de calles, estatuas.

Unos años antes, el Parlamento de mayoría socialista había aprobado que se retirara la última estatua de Franco en Madrid[14]. Copiada de una figura ecuestre esculpida en el siglo XVI por Donatello, mostraba a un Franco victorioso entrando en la capital después de la capitulación final de sus defensores. Durante treinta años de monarquía constitucional, la estatua había permanecido en pleno Madrid, una visión irredenta del pasado franquista que tanto enfurecía al progresismo ibérico. La decisión del Gobierno socialista fue inequívoca: no hay lugar para el franquismo en la esfera pública de la España moderna. Sin embargo, igual que en el caso de Garzón, no fue una decisión unánime. Antes del amanecer, armados solo con antorchas, viejos franquistas se reunieron para protestar contra el traslado de la estatua. La efigie acabó en un almacén, lejos de la vista, pero tampoco desaparecida para siempre.

Ante tales tensiones, no es extraño que los huesos españoles al principio no fueran desenterrados ni por los tribunales ni por el Congreso, sino mediante la cultura. Generaciones de artistas rompieron el silencio sobre los crímenes de la Guerra Civil mucho antes de que muriera Franco; cantautores como Joan Manuel Serrat llevaron a cabo manifestaciones artísticas que revivían las pinturas de Picasso y los versos de Neruda defendiendo la Segunda República. De hecho, Serrat se negó a participar en el Festival de Eurovisión de 1968 en señal de protesta por la represión de la lengua catalana. Más tarde declaró que las lenguas prohibidas eran sus mejores cauces de expresión[15].

Un año después, el cantautor adoptó una causa que le hizo famoso internacionalmente. Comenzó con un LP de doce pistas, *A Antonio Machado, poeta*[16]. El álbum, con una cubierta roja en la que figuraba una fotografía de este poeta de izquierdas muerto durante la Guerra Civil, debió despertar sospechas, pero consiguió pasar la censura. Se-

rrat resucitó los poemas de Machado convirtiéndolos en canciones. El álbum era más una declaración política que un tributo artístico: la historia de Machado, tal como la de Lorca, era una tragedia característica de la Guerra Civil[17]. El primer corte del disco, «Cantares», retomaba la conocida poesía del autor que, publicada en 1912, parecía presagiar su futuro. Como muchos republicanos derrotados, Machado partió al exilio en Francia a pie, y había dejado escrito: «Caminante, son tus huellas / el camino y nada más; / caminante, no hay camino / se hace camino al andar»[18]. Los españoles conocían la ignominiosa muerte del poeta en el exilio. La letra de Serrat, entrelazada con los versos originales, deja claro el mensaje político:

Murió el poeta, lejos del hogar;
le cubre el polvo de un país vecino.
Al alejarse le vieron llorar:
«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar».

En 1972 puso música a la obra de Miguel Hernández, en esta ocasión, sin comentario agregado. La declaración más firme es quizá las «Nanas de la cebolla» de Hernández, una comunicación trágica y casi final entre el poeta y su familia antes de su muerte en una de las numerosas cárceles de la posguerra. Parfraseando al gran Borges, hubo nuevos inquisidores y nuevos verdugos. Aunque recibía cartas desesperadas de su esposa, Hernández solo podía enviarle pa-reados en papel prestado:

Ríete, niño [...]
Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.[19]

Finalmente, Serrat siguió a Machado en el exilio de la España franquista. En épocas recientes, artistas más jóvenes han adoptado esta mezcla tan típicamente española de recuerdos y guitarras. La trova se ha renovado desde la caída del

régimen franquista, pero sus orígenes de protesta y evocación a la Guerra Civil mantienen un eco que se mantiene vivo.

Este libro comienza con una caída muy anterior: la de España. El primer capítulo, «Dos Españas», traza las ideologías que se enfrentaron en la Guerra Civil. Cuando se declaró la Segunda República, pareció que el país optaba por la democracia universal, pero el sistema parlamentario desembocó en una polarización aún mayor. En el círculo vicioso entre tumulto político y crisis económica surgieron dos versiones de España drásticamente opuestas: una progresista, republicana y laica, y otra conservadora, monárquica y católica. Pero el país era demasiado pobre para financiar su conflicto fratricida. Ni los republicanos ni los nacionales podían imponer su España sobre la otra sin apoyo extranjero; necesitaban armas, suministros y dinero y, aunque la Gran Depresión todavía condicionaba a la economía mundial, encontraron esos recursos. España se convirtió en el único lugar en el que comunistas y fascistas se enfrentaron cara a cara antes de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1936 y 1939, España fue la herida abierta de Europa.

La Guerra Civil española fue un asunto internacional ya antes de dispararse el primer tiro. Después, fueron modernísimos aviones Junkers y Heinkel de la Legión Cóndor nazi, con apoyo aéreo italiano, los que causaron la destrucción de Guernica inmortalizada por Picasso; los defensores comunistas de Madrid se enfrentaron a la Legión Extranjera con armas estadounidenses compradas nada menos que a la Rusia estalinista. En un mundo en el que la globalización económica se hundía, España sufrió la internacionalización de la violencia localizada.

La intervención extranjera favoreció al bando que había empezado la guerra en clara desventaja: los nacionales. Las decisiones diplomáticas en las capitales de las grandes potencias invirtieron la superioridad logística y financiera de la

República, debilitando al Gobierno constitucional de la República[20]. El segundo capítulo aborda esas decisiones mediante un microanálisis simultáneo de la política interna y las dinámicas percepciones internacionales en París, Londres, Moscú, Washington, Roma y Berlín. Con fuentes en seis lenguas, procedentes de archivos en tres continentes, hoy es posible reconstruir no solo los resultados estratégicos sino también los informes de prensa, rumores, cables diplomáticos, peleas políticas y hasta los prejuicios personales que influyeron en la toma de esas decisiones. Al final del capítulo quedará claro que las decisiones de las grandes potencias que determinaron el curso de la Guerra Civil se tomaron en el plazo de veinticuatro horas en un día crucial: el 25 de julio de 1936.

Pero ¿qué buscaban los nazis alemanes y los fascistas italianos en España? La respuesta a esa pregunta es el propósito central de este libro. La historiografía de la intervención extranjera en la Guerra Civil española en general, y en particular fuera de España, no ha sido modificada sustancialmente a pesar de la reciente reconsideración de la política económica y exterior del nazismo[21]. Es ahí donde este volumen aspira a contribuir con una perspectiva nueva al debate. Poco después del comienzo de la guerra, el proyecto de intervención alemán se hizo más pragmático y más ambicioso que cualquiera de los objetivos de su aliado en suelo ibérico, la Italia fascista. La primera aventura militar del Tercer Reich, tres años después de llegar al poder y tres años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, se convirtió entonces en un ensayo de imperio informal. Pero este no es el tipo de imperialismo que solemos asociar con la Alemania nazi[22]. En cambio, el proyecto nazi en España encajaba en una concepción del poder alemán, fundamentalmente económica y neomercantilista, que Berlín fue dejando de lado a medida que Hitler se acercaba a una guerra más ambiciosa y a la frontera polaca, que finalmente detonó una segunda guerra mundial[23].

Un miembro del gabinete nazi por encima del resto inspiró esta expansión exterior centrada en la proyección del